lugar de ella. Con esto se aseguraron; y después de haber comido aguardaron por muy grande rato a que Nezahualcoyotl los llamase, pensando que estando solo y descuidado con facilidad lo matarían; pero viendo que no los llamaba y que el caballero que a la puerta se había puesto se había ido, fueron hacía la sala, donde creían que estaba, y entrando dentro no le hallaron ni persona que les diese razón de donde se había huido.

Viéndose burlados estos capitanes y notando la astucia de Nezahualcoyotl, corridos y afrentados de la burla que les había hecho, salieron con más priesa que habían traído por ver si acaso en alguna parte le divisaban o hallaban; pero como les llevaba más de una hora de ventaja y el lugar adonde se había ido era cercano, no supieron de él. Fueron en su seguimiento por aquella misma parte que Nezahualcoyotl se había ido, preguntando a los que encontraban por él. Y uno les dijo cómo llegaba ya a esta aldehuela Cohuatitlan y pareciéndoles que ya el caso no podía ir por la manera que lo habían principiado, parecióles ser necesaria la compañía de su gente y llamándolos se fueron a la parte donde les habían dicho que estaba y aunque llegaron a él y hicieron muchas diligencias en buscarle nunca le hallaron; porque los moradores del pueblo eran tejedores de mantas de nequén; y entre unas telas que estaban urdiendo lo metieron y en ellas lo escaparon. Y haciendo mucha matanza en los dichos moradores, obligándoles a que diesen razón del enemigo que buscaban, era tanta la fe que le tenían, que jamás confesaron haberlo visto ni sabido de él; entre los cuales murieron un caballero muy principal, llamado Tuchmantzin, que tenía a cargo el gobierno de aquellos tejedores y otra señora, llamada Matlalintzin, que en orden de encubrir a su señor natural (por ser estas gentes muy amigas de ellos) recibieron la muerte con mucha paciencia. Viendo los tepanecas que la risa y estrago que en aquellos aldeanos hacían no aprovechaba para confesar la verdad que les preguntaban, los dejaron; y pasaron adelante pensando que Nezahualcoyotl iría huyendo hacia la sierra y montes que enfrente de este pueblo estaban, siendo la verdad que quedaba en él escondido; y con esta astucia se escapó esta vez de sus manos.

## CAPÍTULO XXXII. *De la elección y nombramiento de Itzcohuatl, cuarto rey de Mexico*

OMO LOS MEXICANOS TUVIERON NOTICIA de que su rey Chimalpopoca era muerto en la cárcel donde Maxtla le tenía (como queda dicho), tristes y afligidos de verse sin rey y que por aquel modo había sido muerto, hicieron su junta y cabildo para elegir otro, que en lugar del pasado saliese a la defensa, no sólo de este agravio presente, sino de todos los demás recibidos. Y juntos y congregados después de haber hecho una muy larga y prolija plática, uno de los más graves y ancianos de esta congregación, represando en ella las aflicciones en que vivían, las afrentas que sus vecinos les causaban y la opresión en que los reyes de Azcaputzalco

los tenían puestos y la falta grande que les hacía carecer de rey y la necesidad mayor que había de elegirle, con aceleración y presteza calló, dando la mano a todos los presentes para que de los que allí estaban fuese electo y escogido alguno en nuevo rey. Estaba entre los señores de esta consulta Itzcohuatl, hijo del rey Acamapichtli, primero de estos mexicanos, el cual (como hemos dicho) era hijo de una esclava que el rey Acamapichtli en su servicio tenía; pero él tan sabio y tan valeroso por su persona que excedía en valor y suerte a todos los mexicanos; el cual hasta aquel punto había tenido nombre de Tlacatecatl Tlacochcalcatl y capitán general y lo había ejercitado con mucho valor y esfuerzo, en las ocasiones que se habían ofrecido. Viendo pues los mexicanos que este dicho Itzcohuatl era hijo de rey y hermano de los dos reyes, sus antecesores, pusieron los ojos en él y de común consentimiento le eligieron por su señor y rey; al cual coronaron y sentaron en su tlahtocaycpalli y allí le ofrecieron la obediencia. Salió por el pueblo la voz de la nueva elección y quedaron todos muy contentos de saber en quien había sido, y la regocijaron y festejaron con muchos bailes y danzas, aunque no olvidados del lastimoso suceso de su antecesor; antes tan vivos en el sentimiento que pusieran luego a prueba de las manos, si tuvieran poder, la pena que su muerte les había causado; aunque este hecho lo reservaron para mejor ocasión, aguardando a que su nuevo rey se hiciese más poderoso y aliase con algunos otros señores, para más certidumbre de su justificada venganza.

Luego que la república mexicana hizo esta elección en Itzcohuatl, lo supieron las gentes comarcanas y vecinas de lo cual mostraron mucho sentimiento, pareciéndoles que el rey electo era muy brioso y animoso y que por ventura no se contentaría con el gobierno de su sola ciudad, sino que pretendería extender la mano sobre las ajenas. En especial, tuvieron este sentimiento los de Azcaputzalco, Tlacopan y Coyohuacan; y luego mandaron poner guardas por todos los caminos no teniéndose por seguros de los mexicanos (como que el corazón los adivinaba el mal que en breves tiempos los había de sobrevenir). Hecha esta elección, se levantó uno de los oradores, que presentes estaban y comenzó a tratar de la obligación que el rey tenía a su república y del ánimo que debía mostrar en los trabajos; y después de haber encarecido estas dos cosas, con muchas y buenas razones, dijo entre ellas éstas: mira rey, que ahora estamos todos pendientes y colgados de ti, ¿has por ventura, de dejar caer la carga que está sobre tus espaldas y hombros? ¿Has de dejar perecer al viejo y a la vieja, al huérfano y a la viuda? Ten lástima de los niños que andan gateando por el suelo, los cuales perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. ¡Ea!, pues, señor, comienza a descoger y tender tu manto, para tomar a cuestas a tus hijos, que son los pobres de esta república y gente popular y común, que están confiados en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Éstas y otras muchas cosas le dijo, que no refiero por excusar prolijidad, las cuales tomaban decoro estas gentes para ejercitarse en ellas y las enseñaban a los mozos, en especial a los que de nuevo aprendían esta facultad de oradores.

Era Itzcohuatl hombre de edad madura cuando entró en el reinado; y cuando menos tenía de edad cuarenta y seis o cuarenta y siete años; y luego que él se vido rey comenzó a tratar las cosas de su república con mucha suavidad y las de guerra a ponerlas en punto, para hacerla a Maxtla y todos sus secuaces, en la mejor oportunidad que pudiese. En este punto dejamos a Itzcohuatl gobernando a Mexico, por volver a tratar de Nezahualcoyotl, que andaba en su peregrinación buscando trazas y maneras cómo recuperar su reino, y conviene que tratemos esta causa hasta la ocasión de venir a ser señor de la ciudad de Tetzcuco; porque desde entonces este rey Itzcohuatl y él comenzaron a destruir el imperio y a hacerse señores absolutos de esta Nueva España.

## CAPÍTULO XXXIII. *De cómo Nezahualcoyotl salió de Cohuatitlan y se fue huyendo hacia tierra de Tlaxcallan, buscando remedio para libertarse; y se dice no haberse hallado presente los tetzcucanos a la elección de Itzcohuatl*

EZAHUALCOYOTL, QUE SE VIDO LIBRE DE LA CELADA y traición pasada de la gente tepaneca que le seguía, viendo que ya habían pasado en busca suya, salióse de aquel lugarejo llamado Cohuatitlan y hurtándoles el cuerpo fuese por otra parte distante y apartada de la que ellos llevaban. Y pareciéndole que por allí iba seguro casi los encontró, porque andaban como perros rabiosos de una parte a otra buscándole, sin sosiego, sin llevar camino cierto por donde hallarle. Y cansado Nezahualcoyotl de huir llegó a unas heredades, donde unas mujeres labradoras estaban limpiando unas parvillas de chian (que es a manera de linaza), y estando allí descansando vieron que venía la gente de Maxtla y conociendo el peligro de su señor lo escondieron enmedio de una de aquellas parvas y llegando la gente preguntando por él, dijeron: que allí había llegado y comido y pasado delante sin saber adónde iba, y preguntándoles hacia qué parte, le señalaron hacia la sierra y ellos se partieron allá con toda presteza y diligencia. Pasó de aquí Nezahualcoyotl a Tetzcutzinco a hacer noche, que es una casa y palacio grande y sumptuoso que sus antecesores habían hecho para su recreación y caza. En este lugar le estaban aguardando Tlamintzin, Huitzilihuitzin, Ocotl, Tehuitzitzilin, Tochin y Zacatlahto, seis señores capitanes suyos, que juntamente con él andaban a monte y descarriados, ausentes de sus tierras y señoríos siguiendo la ventura que por Nezahualcoyotl corría. Todos juntos en aqueste lugar trataron aquella noche de lo que convenía hacer; y aunque los de la provincia de Chalco habían sido fautores y parciales en la muerte de Ixtlixuchitl su padre, con todo (haciendo del ladrón fiel, por la necesidad grande en que se hallaba) dio orden a uno de aquellos sus capitanes que antes que amaneciese se partiese allá y dijese al señor de aquella provincia los trabajos que pasaba